

LOS JUEVES LITERARIOS DE "EL TELEGRÁFO,"

LAS ILUSIONES HUYEN LENTAMENTE.....

Nuestro amor es lo mismo que una flor escondida que se despeñara con inefable angustia. Las ilusiones huyen lentamente.... Y mi vida así como una tarde primaveral se muere. Parece el de las nubes de un teclado sonoro, o el de aves silenciosas que cruzan por el cielo y van hacia un ocaso crepuscular de otoño.... Las ilusiones huyen lentamente.... Su vuelo. La fiebre de mi espíritu rebelde se consume. De todo lo pasado sólo llevo un perfume que atroniza en sus vagas cadencias mi laud. Yo dejo indiferente que mi ilusión se muera, y por un misterioso jardín de primavera deslizo como espejismo mi enferna juventud.

José María EGAS M.

LA PIEDAD

El altruismo, la caridad, son sentimientos que revisten en el hombre un gran valor, pero los gobernadores se suceden, y la tragedia de la mendicidad persiste y de año en año parece agravarse. En qué piensan los poderes públicos que no buscan traer a tanta mano implorante? Y las mismas clases acomodadas, los ricos que disipan en un capricho el dinero de una familia obrera no gastaría en varios años, cómo no se concierne a organizar para desterrar de vez tanto dolor....?

En Madrid, donde hay fortunas considerables como las más fuertes de París y de Londres, millones de pordioseros acosan al transeúnte: ya no se trata de ciegos, ni de tuniques sino de "hermanos" — llamémosles así, con la dulce palabra del Evangelio, para mayor sárecismo— que mueren de hambre.

— Socorro... Fuego, fuego! —

Y en el acto, los transeúntes se arremolinan ante el lugar del siniestro, funcionan el teléfono, voltean las campanas en la torre parroquial, acuden los bomberos, y todos, con ejemplar heroísmo y temeraria filantropía, se precipitan a través de las llamas para rescatar las vidas, y hasta los inmuebles que ardían en la casa incendiada. Estos rasgos de abnegación de los cuales Schopenhauer, el amargo, se acuerda cuando escribía sus "Pensamientos y fragmentos", son vulgares, ocurren a cada momento y en todos los países, y con ellos la humanidad se honra; son su fruganería.

Un individuo cae al mar y grita:

— Socorro... que me ahogo!

Y nunca falta quien, con riesgo de su vida, se avale a salvárelo.

Asimismo de día, a media noche, un chicharrón comienza a gritar desde un balcón:

— Socorro... Fuego, fuego! —

Y en el acto, los transeúntes se arremolinan ante el lugar del siniestro,

funcionan el teléfono, voltean las campanas en la torre parroquial, acuden los bomberos, y todos, con ejemplar heroísmo y temeraria filantropía,

se precipitan a través de las llamas para rescatar las vidas, y hasta los inmuebles que ardían en la casa incendiada. Estos rasgos de abnegación de los cuales Schopenhauer, el amargo,

se acuerda cuando escribía sus "Pensamientos y fragmentos", son vulgares, ocurren a cada momento y en todos los países, y con ellos la humanidad se honra; son su fruganería.

— Socorro... que me ahogo!

Y nunca falta quien, con riesgo de su vida, se avale a salvárelo.

Asimismo de día, a media noche,

un chicharrón comienza a gritar desde un balcón:

— Socorro... Fuego, fuego! —

Y en el acto, los transeúntes se arremolinan ante el lugar del siniestro,

funcionan el teléfono, voltean las campanas en la torre parroquial, acuden los bomberos, y todos, con ejemplar heroísmo y temeraria filantropía,

se precipitan a través de las llamas para rescatar las vidas, y hasta los inmuebles que ardían en la casa incendiada. Estos rasgos de abnegación de los cuales Schopenhauer, el amargo,

se acuerda cuando escribía sus "Pensamientos y fragmentos", son vulgares, ocurren a cada momento y en todos los países, y con ellos la humanidad se honra; son su fruganería.

— Socorro... que me ahogo!

Y nunca falta quien, con riesgo de su vida, se avale a salvárelo.

Asimismo de día, a media noche,

un chicharrón comienza a gritar desde un balcón:

— Socorro... Fuego, fuego! —

Y en el acto, los transeúntes se arremolinan ante el lugar del siniestro,

funcionan el teléfono, voltean las campanas en la torre parroquial, acuden los bomberos, y todos, con ejemplar heroísmo y temeraria filantropía,

se precipitan a través de las llamas para rescatar las vidas, y hasta los inmuebles que ardían en la casa incendiada. Estos rasgos de abnegación de los cuales Schopenhauer, el amargo,

se acuerda cuando escribía sus "Pensamientos y fragmentos", son vulgares, ocurren a cada momento y en todos los países, y con ellos la humanidad se honra; son su fruganería.

— Socorro... que me ahogo!

Y nunca falta quien, con riesgo de su vida, se avale a salvárelo.

Asimismo de día, a media noche,

un chicharrón comienza a gritar desde un balcón:

— Socorro... Fuego, fuego! —

Y en el acto, los transeúntes se arremolinan ante el lugar del siniestro,

funcionan el teléfono, voltean las campanas en la torre parroquial, acuden los bomberos, y todos, con ejemplar heroísmo y temeraria filantropía,

se precipitan a través de las llamas para rescatar las vidas, y hasta los inmuebles que ardían en la casa incendiada. Estos rasgos de abnegación de los cuales Schopenhauer, el amargo,

se acuerda cuando escribía sus "Pensamientos y fragmentos", son vulgares, ocurren a cada momento y en todos los países, y con ellos la humanidad se honra; son su fruganería.

— Socorro... que me ahogo!

Y nunca falta quien, con riesgo de su vida, se avale a salvárelo.

Asimismo de día, a media noche,

un chicharrón comienza a gritar desde un balcón:

— Socorro... Fuego, fuego! —

Y en el acto, los transeúntes se arremolinan ante el lugar del siniestro,

funcionan el teléfono, voltean las campanas en la torre parroquial, acuden los bomberos, y todos, con ejemplar heroísmo y temeraria filantropía,

se precipitan a través de las llamas para rescatar las vidas, y hasta los inmuebles que ardían en la casa incendiada. Estos rasgos de abnegación de los cuales Schopenhauer, el amargo,

se acuerda cuando escribía sus "Pensamientos y fragmentos", son vulgares, ocurren a cada momento y en todos los países, y con ellos la humanidad se honra; son su fruganería.

— Socorro... que me ahogo!

Y nunca falta quien, con riesgo de su vida, se avale a salvárelo.

Asimismo de día, a media noche,

un chicharrón comienza a gritar desde un balcón:

— Socorro... Fuego, fuego! —

Y en el acto, los transeúntes se arremolinan ante el lugar del siniestro,

funcionan el teléfono, voltean las campanas en la torre parroquial, acuden los bomberos, y todos, con ejemplar heroísmo y temeraria filantropía,

se precipitan a través de las llamas para rescatar las vidas, y hasta los inmuebles que ardían en la casa incendiada. Estos rasgos de abnegación de los cuales Schopenhauer, el amargo,

se acuerda cuando escribía sus "Pensamientos y fragmentos", son vulgares, ocurren a cada momento y en todos los países, y con ellos la humanidad se honra; son su fruganería.

— Socorro... que me ahogo!

Y nunca falta quien, con riesgo de su vida, se avale a salvárelo.

Asimismo de día, a media noche,

un chicharrón comienza a gritar desde un balcón:

— Socorro... Fuego, fuego! —

Y en el acto, los transeúntes se arremolinan ante el lugar del siniestro,

funcionan el teléfono, voltean las campanas en la torre parroquial, acuden los bomberos, y todos, con ejemplar heroísmo y temeraria filantropía,

se precipitan a través de las llamas para rescatar las vidas, y hasta los inmuebles que ardían en la casa incendiada. Estos rasgos de abnegación de los cuales Schopenhauer, el amargo,

se acuerda cuando escribía sus "Pensamientos y fragmentos", son vulgares, ocurren a cada momento y en todos los países, y con ellos la humanidad se honra; son su fruganería.

— Socorro... que me ahogo!

Y nunca falta quien, con riesgo de su vida, se avale a salvárelo.

Asimismo de día, a media noche,

un chicharrón comienza a gritar desde un balcón:

— Socorro... Fuego, fuego! —

Y en el acto, los transeúntes se arremolinan ante el lugar del siniestro,

funcionan el teléfono, voltean las campanas en la torre parroquial, acuden los bomberos, y todos, con ejemplar heroísmo y temeraria filantropía,

se precipitan a través de las llamas para rescatar las vidas, y hasta los inmuebles que ardían en la casa incendiada. Estos rasgos de abnegación de los cuales Schopenhauer, el amargo,

se acuerda cuando escribía sus "Pensamientos y fragmentos", son vulgares, ocurren a cada momento y en todos los países, y con ellos la humanidad se honra; son su fruganería.

— Socorro... que me ahogo!

Y nunca falta quien, con riesgo de su vida, se avale a salvárelo.

Asimismo de día, a media noche,

un chicharrón comienza a gritar desde un balcón:

— Socorro... Fuego, fuego! —

Y en el acto, los transeúntes se arremolinan ante el lugar del siniestro,

funcionan el teléfono, voltean las campanas en la torre parroquial, acuden los bomberos, y todos, con ejemplar heroísmo y temeraria filantropía,

se precipitan a través de las llamas para rescatar las vidas, y hasta los inmuebles que ardían en la casa incendiada. Estos rasgos de abnegación de los cuales Schopenhauer, el amargo,

se acuerda cuando escribía sus "Pensamientos y fragmentos", son vulgares, ocurren a cada momento y en todos los países, y con ellos la humanidad se honra; son su fruganería.

— Socorro... que me ahogo!

Y nunca falta quien, con riesgo de su vida, se avale a salvárelo.

Asimismo de día, a media noche,

un chicharrón comienza a gritar desde un balcón:

— Socorro... Fuego, fuego! —

Y en el acto, los transeúntes se arremolinan ante el lugar del siniestro,

funcionan el teléfono, voltean las campanas en la torre parroquial, acuden los bomberos, y todos, con ejemplar heroísmo y temeraria filantropía,

se precipitan a través de las llamas para rescatar las vidas, y hasta los inmuebles que ardían en la casa incendiada. Estos rasgos de abnegación de los cuales Schopenhauer, el amargo,

se acuerda cuando escribía sus "Pensamientos y fragmentos", son vulgares, ocurren a cada momento y en todos los países, y con ellos la humanidad se honra; son su fruganería.

— Socorro... que me ahogo!

Y nunca falta quien, con riesgo de su vida, se avale a salvárelo.

Asimismo de día, a media noche,

un chicharrón comienza a gritar desde un balcón:

— Socorro... Fuego, fuego! —

Y en el acto, los transeúntes se arremolinan ante el lugar del siniestro,

funcionan el teléfono, voltean las campanas en la torre parroquial, acuden los bomberos, y todos, con ejemplar heroísmo y temeraria filantropía,

se precipitan a través de las llamas para rescatar las vidas, y hasta los inmuebles que ardían en la casa incendiada. Estos rasgos de abnegación de los cuales Schopenhauer, el amargo,

se acuerda cuando escribía sus "Pensamientos y fragmentos", son vulgares, ocurren a cada momento y en todos los países, y con ellos la humanidad se honra; son su fruganería.

— Socorro... que me ahogo!

Y nunca falta quien, con riesgo de su vida, se avale a salvárelo.

Asimismo de día, a media noche,

un chicharrón comienza a gritar desde un balcón:

— Socorro... Fuego, fuego! —

Y en el acto, los transeúntes se arremolinan ante el lugar del siniestro,

funcionan el teléfono, voltean las campanas en la torre parroquial, acuden los bomberos, y todos, con ejemplar heroísmo y temeraria filantropía,

se precipitan a través de las llamas para rescatar las vidas, y hasta los inmuebles que ardían en la casa incendiada. Estos rasgos de abnegación de los cuales Schopenhauer, el amargo,

se acuerda cuando escribía sus "Pensamientos y fragmentos", son vulgares, ocurren a cada momento y en todos los países, y con ellos la humanidad se honra; son su fruganería.

— Socorro... que me ahogo!

Y nunca falta quien, con riesgo de su vida, se avale a salvárelo.

Asimismo de día, a media noche,

un chicharrón comienza a gritar desde un balcón:

— Socorro... Fuego, fuego! —

Y en el acto, los transeúntes se arremolinan ante el lugar del siniestro,

funcionan el teléfono, voltean las campanas en la torre par